

# EL PUENTE

Manuel Capetillo Robles Gil / 3er. Premio. Escuela de Arquitectura

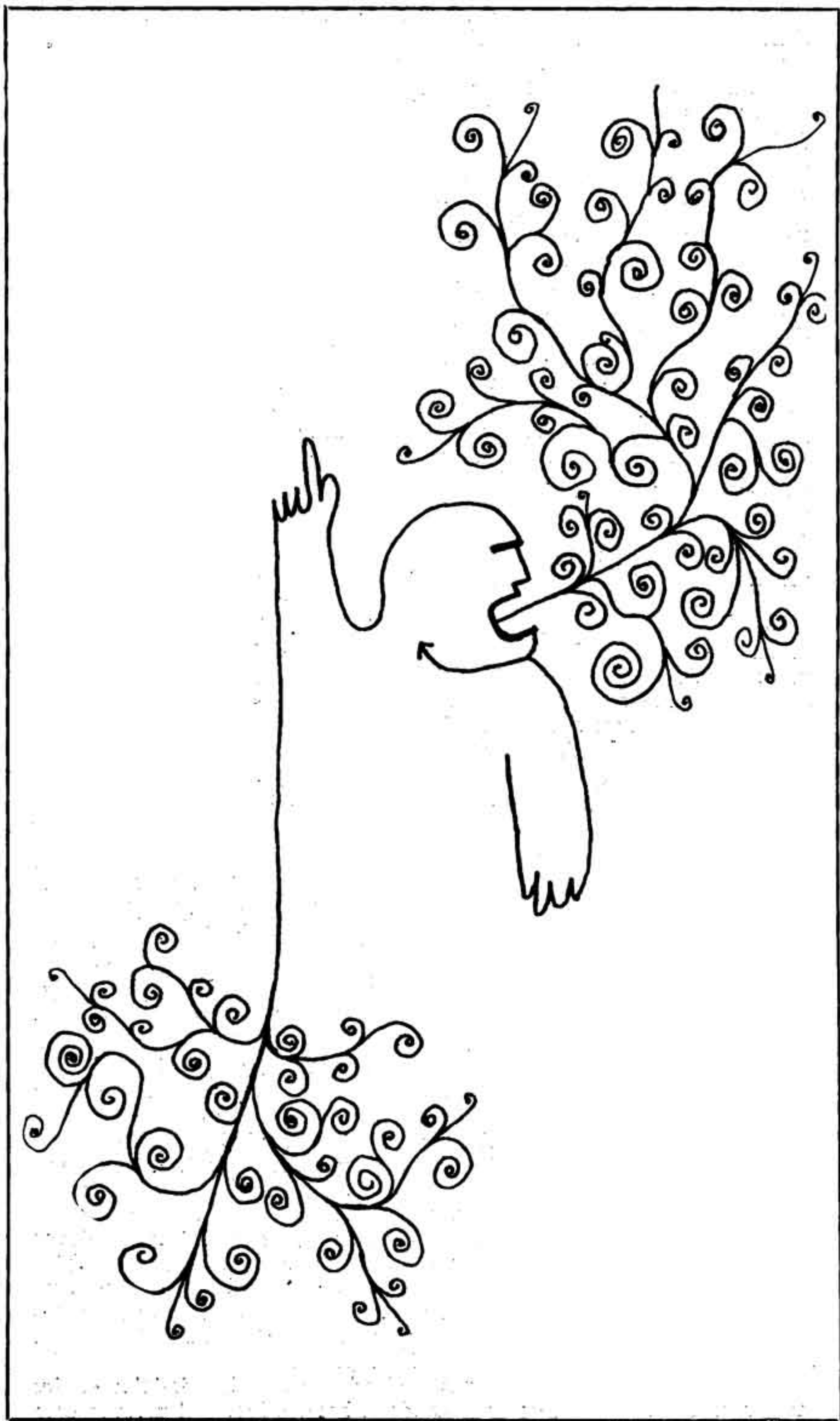
Siempre ha sido así en esa región de nuestra selva: existiendo un solo paso sobre el río, y siendo un ancho río el que nos rodea, aislándonos de todos los amigos, cuando intentamos viajar para buscarlos, procuramos no realizar ningún movimiento sospechoso, actuamos en silencio, solamente pensando, sin decir a nadie nada; nos retiramos a la hora acostumbrada a la última alcoba de la torre más alta del castillo y, después, ya a la media noche, nos deslizamos, bien por alguna de las muchas escaleras o, mejor, descolgándonos por alguna cuerda que tuviéramos preparada, de esas que, me imagino, usan en los barcos de elevados mástiles, con nudos a cada medio metro para poder descender con cierta seguridad, sin gran peligro de caer, a pesar del fuerte viento que sopla en ese lugar tan elevado.

Procuramos escoger para escaparnos, alguna noche oscura y de tormenta, deseando no ser vistos, ni oídos, y casi siempre logramos llegar hasta la muralla del castillo; después, todo es más fácil, pues sólo debemos procurar no ser sorprendidos por las fieras, antes de llegar al punto en el que se apoya ese puente, del que nadie ha logrado saber si es infinito o limitado, sino aquellos que se fueron y que nunca regresaron.

—Hasta nosotros ha llegado, de generación en generación, no se sabe exactamente desde cuándo, un relato misterioso que parece responder a las preguntas que sobre el puente nos hacemos quienes no lo hemos pasado y que, en mi opinión, no debe dársele sino un valor legendario, aunque acepto no estaría por demás el tratar cada uno de nosotros, individualmente, como hasta ahora lo hemos hecho, de que nuestros esfuerzos alcancen cada vez mayores resultados, hasta llegar a descubrir la verdad que encierra en sí esa leyenda.

Si son muchos los que, en esas noches, llegan hasta poder pisar el puente, de esos, son pocos los que no se marchan, debiendo regresar al ser descubiertos por las fieras, conservando éstas su fiereza, no para atacarlos, sino sólo para hacerlos regresar, custodiándolos hasta la puerta del castillo y como entregándolos a los guardias, quienes no los castigan, sino sólo los vigilan unos días, esperando vuelvan a llevar una vida como la que llevaban antes de intentar la fuga.

En cuanto a mí, aproximadamente ocho veces he intentado escaparme, y la última fue hace ya bastante tiempo, tal vez unos nueve meses, ocupándome desde entonces en dar la impresión de que nunca más intentaría hacerlo, con la desventaja de estarme acostumbrando yo mismo a esa idea. Sin embargo, como en sueños, y a veces a modo de obsesiones, venía a mí el recuerdo de la huida, sacudiéndome al principio quedamente, para tratar de sacarme del letargo. Yo quería no hacer caso, haciéndome sordo casi en absoluto a ese llamado innato en todos los que vivimos en la isla, pero eran fuertes sacudidas las de mi mente, obsesionada por la idea de la posible salvación, que tantos antes de mí habían logrado.



Luchaban en mí esos dos deseos: el de permanecer e irme acercando siempre hacia una muerte inalcanzable, en medio de una tranquilidad aparente, pudiendo permanecer en los salones del castillo, o irme, irme lejos nuevamente, ocultándome y, después de pasar muy cerca de las fieras, llegar a las primeras tablas de mi puente y caminarlo. Y digo "mi puente", por pensar en el sentido de unión tan estrecha que se nos ha creado en relación con el puente, pudiendo sentir cada uno de nosotros que, ese puente destinado para todos, es verdaderamente propio, creado especialmente y con características que lo distinguen, como si en realidad hubiera muchos puentes y cada quien debiera ir hacia el suyo. Pero no se crea que alguien llega a perder la noción de que es un solo puente y para todos, y tampoco que en la isla nos sentimos, además, separados, pues aunque poco nos hablamos y nuestra forma de ser es más bien de hombres solos, y cada uno piensa en "mi puente", precisamente son todas estas cosas que tenemos en común, las que nos hacen tener una clara conciencia de que estamos juntos y de que nuestras luchas aisladas son la lucha que tenemos para alcanzar nuestro común destino. Estamos separados, pero aquellos que lo estamos, por estarlo, quedamos agrupados en la isla.

No podía más. Siempre la mente acababa por vencer con su fuerza a mi debilidad física tan grande, que aumentaba cuando ambas se enfrentaban. Una vez más debía intentarlo: primeramente, no mostrar cambio alguno en mi aspecto exterior, tener una actitud que pareciera gritar a todos: "soy el mismo", y caminar por las proximidades del castillo visto por todos los guardianes. La táctica debería ser semejante a la de las anteriores veces en que huí, aunque esta vez debería agregar un elemento que consideré de suma importancia, al hacer sentir a los vigías que la calma que mostraba sólo era fingida y que, en realidad, poco faltaba para que tratara de escaparme. Así lo fui haciendo, con no poca maestría, por cierto, logrando que los guardias sospecharan, dirigiendo cada vez más su atención sobre mí durante muchos días. Fue para mí un esfuerzo grande interno, llegando, después de esos días, a desear acabar con ese fingimiento y conformarme, relajando mi mente ya, por fin definitivamente, renunciando a irme y a no ver más el puente. Estaba ya para vencerme la fatiga cuando los guardias llegaron al punto máximo de atención sobre mí, renunciando después ellos antes que yo a su trabajo, dándome la oportunidad de ver alcanzada mi pequeña victoria. Esta vez ciertamente había sido distinto: sin llegar propiamente a intentar la fuga, sin haber tenido propiamente un desgaste físico, había logrado que los guardias me observaran como nunca antes lo habían hecho conmigo, para después despreocuparse de mí por completo, esperando, según ellos, a otro momento, lejano, en el que realmente intentara irme. Nadie me vería ahora nadie querría impedirme seguir cualquier camino, no tendría ni que fingir que nunca huiría, subiéndome a lo alto del castillo, ni tendría que descolgarme por las cuerdas azotadas por el viento, o bajar muy de noche sigilosamente. Sólo tendría que salir, sin necesidad de lucha, como si no hubiera quien se interesara en que no abandonara ese castillo. Pero desde luego y, como esta vez quería realizar hasta el fin mi huida, debería buscar consejo, no en los más viejos, pues ellos tenían tras de sí un mayor número de fracasos, sino en los jóvenes, en especial en aquellos que aún no realizan su primer intento, pero que ya tuvieran considerados los diversos aspectos de una huida, en aquellos que creyeran firmemente que el único resultado de sus esfuerzos no sería otro que el pasar el puente del que les habían hablado. Y escogía a los jóvenes, porque en este asunto la experiencia no sólo no es una ayuda necesaria, sino que estorba en tal forma que muchas veces oculta por completo a las voces naturales del instinto, llegando a impedir para siempre el poder ir hacia el destino.

Hablé con tres personas jóvenes, casi unos niños, buscándolos en los momentos destinados al descanso, cuando el horario indica el permiso para

que unos hablen con otros, a medio día, y hablé con cada uno de ellos separadamente, a fin de evitar la influencia de alguno de ellos sobre los otros y poder comparar sus distintas técnicas para, en caso de convenirme, elegir sólo una de ellas, o si no, entremezclarlas hasta llegar a una síntesis que me sirviera, adaptándola al plan que fuera para mí posible.

Todo estaba preparado, sólo que ahora sufriría en forma especial al tener que abandonar a mis amigos nuevos, quienes me entregaron sus mejores pensamientos, deseando mi futura salvación y no pensando para nada en la de ellos. Por todos los de la isla sentía un gran afecto, pudiendo recordar a muchos que en algún momento dado me ayudaron, y a otros, a los débiles, por los que sentí angustia al no tener con qué ayudarles. A unos y a otros los amaba, teniendo fuertes deseos de quedarme con ellos para siempre, o de llevarlos conmigo, pero bien sabía que nuestra lucha de conjunto debía realizarse en cada uno, mediante un esfuerzo individual constante, y también sabía que quedarme con ellos era ayudarlos a quedarse y a olvidar la huida, a no volver a ver a aquellos que nos precedieron, a aquellos que se fueron pensando con eso en enseñarnos, y que están esperando a que lleguemos. Bien lo sabía: a mis amigos de la isla sólo podría mostrarles mi amor al dejarles mi ejemplo al alejarme.

Pero si sufría por los que dejaba, no podía menos que alegrarme por la idea de verles luego, cuando se fueran reuniendo con todos, después de cruzado el puente; y me alegraba sobre todo por ver otra vez a los que se fueron antes, y por ver a todos los que nos han aguardado siempre, por aquellos que han hecho por que vayamos.

Irme ya, era mi idea más clara, y era la más vehemente, y era mi deseo tan fuerte, que creo no haber deseado nada verdaderamente. Gozaba entonces, gozaba como nunca, hasta llegar a no sentir más que hubiera pasado, y menos que me hubiera equivocado tantas veces. No quería saber más de nada, sino sólo de mi huida, y de todo lo que después viniera a partir de mi llegada. Ya los veía recibéndome en medio de sus voces quedas, de sus vertiginosos y tranquilizantes movimientos de alegría y, lo que para mí era la idea culminante, ya me veía en medio de ellos, recibiendo a otros, como ellos, teniendo en cada momento de felicidad, después del puente, como un nuevo momento de victoria. No había que hacer más preparativos, no había que dejar pasar el tiempo, que yo sabía que encerraba alguna euforia, ni había que dejar volver al enemigo a que contradijera mi deseo, debía alejarme.

Noche de estrellas, como nunca, y noche solitaria que venía en mi ayuda, noche, sin embargo, de temores lejanos, de enemigos débiles y, dentro de mí, de sombras que crecían. Todo fue abrir la puerta y dar los primeros pasos por esas veredas por mí tan conocidas y empaparme de un temor inmenso, aún mayor que los goces infinitos que hasta hace poco no había conocido, temores internos y también como venidos desde fuera, casi palpables al tacto, espesos, casi llegando a tener una forma física, un volumen, y produciéndome el efecto de un resistente muro que de pronto aparece impidiéndome ir hacia adelante. "¡No más!" Salió de mí un grito de protesta —"¡No nuevamente!"—. Y es que veía caer para siempre mis más queridas ilusiones, las que había llegado a saborear como hechos inmediatos. Y como sin quererlo, verdaderamente sin quererlo vi desaparecer mis pasos de partida, los pocos pasos que había avanzado en mi camino, volviendo hacia atrás, hacia la muerte inalcanzable del castillo. Fue corto el tiempo de mi dicha, al sentir tan próxima mi felicidad en medio de mis amigos de siempre —"pero quién sabe si ese corto momento me dejara marcado para siempre, haciéndome incapaz de desear verdaderamente la muerte"—, pensaba, oculto detrás de la puerta de entrada del castillo.

"¿Por qué dejarse vencer tan fácilmente?, tal vez por fin deba aceptar mi realidad y, tal vez, aceptarla, deba ser mi primer triunfo verdadero: siempre luchar, contra enemigos que esperan, contra enemigos que vienen,

pero sobre todo, contra enemigos que habitan dentro; luchar, ése parece ser mi primer destino y, luchando, luchando siempre, aún en contra de nada, hasta enloquecer, hasta estar cerca de la muerte, o hasta alcanzarla y, lo que hace todo esto más doloroso, aparentemente por nada, luchando, es que por fin alcanzaré mi punto de llegada. Ver por primera vez a un hombre viejo al que se ha venido arrastrando, sin saberlo mucho tiempo, es humillante, pero después de verlo, abandonarlo nos permite ir hacia adelante más aprisa y esto puede ocurrirnos varias veces en la vida y a algunos, puede que deba ocurrirnos muchas veces, incontables tal vez hasta sumar todos los momentos de la vida."

Nuevamente veía que renacía en mí el deseo de irme, pero simplemente de irme, ya sin pensar en nada, sin decirme tantas veces, aún sintiendo ese miedo increíble y ahora, esa especie de desgano, de aparente incontenible vómito, de inmenso disgusto interno contra todo lo que pudiera significarme mi esperanza. ¡Qué distinto estaba todo!, como contemplando mi partida, creyendo yo me era negada, pero buscando sin embargo con algún afán casi inexistente, acercarme a nuestro único puente de salida.

"...creo estar llegando al punto más alejado de la isla lentamente, tal vez muy lentamente, yendo por caminos que he recorrido muchas veces y que llegaré a olvidar pronto para siempre."

"Estoy pisando caminos nuevos, rodeado por parajes misteriosos de plantas desconocidas, y empiezo a quedar rodeado por la neblina."

"El cansancio me aumenta, pero no debo desfallecer sino seguir aún sin tener alguna fuerza, aún contra mi deseo de abandonarme en estas tierras que empiezo a sentir se vuelven pantanosas, o la inquietud tan violenta que me impulsa a regresar. No falta mucho para que la noche sea absolutamente oscura, pero debo seguir, y sé que en poco tiempo, aunque sea de noche, lograré ver mi último punto de partida, donde está apoyado el puente en nuestra isla."

"Y si no es en esta noche mi salida, lo será sin duda durante las primeras horas de mañana, con las luces nuevas de un día por fin distinto."

Las fieras me habían seguido a lo largo del camino, siendo al final innumerables las que llegaron a rodearme, y sin forzarme para nada a mi regreso, como sabiendo que mi verdadera voluntad me llevaría hasta el último momento, o como esperando que mi deseo de no seguir me detuviera para después custodiarme en mi regreso hasta el castillo. Y mi marcha continuaba cansada, en lucha constante con mi mente que me hacía sentir la isla como una tierra sin fin, y a mis amigos que me aguardaban, como invenciones más, imágenes borrosas de seres que no llegué a ver nunca en mi castillo. Y sin embargo seguía acercándome a su encuentro, sabiendo que no debía hacer esperar siempre a mis amigos.

